

Juan y Jairo eran imposibles. También eran gemelos y tan idénticos que podían intercambiar los nombres, las travesuras y el cacao de las mañanas. Manuela, su madre, no lograba distinguirlos ni utilizando toda su imaginación. Tampoco en el colegio lograban saber cuál de los dos tiraba bolas de papel, en plena batalla de clase. Tan solo el gato, Ronaldo, torcía más los bigotes cuando tropezaba con Jairo.

Acababan de cumplir siete años y no pasaban un día sin montar alguna faena.

No eran graves, pero sí agotadoras.

—¿De dónde sacan las ideas? —se pregunta su madre con los nervios derrotados.

El gato, un siamés que fue gordo y feliz hasta que ellos cumplieron un año, ya no se molestaba ni en intentar verlos dormidos. Huía de ellos como del fuego.

Ronaldo y las niñeras se habían convertido en el objetivo preferido de sus bromas. Y sus bromas terminaban siempre de muy mala manera.

—Bueno, hoy vendrá la nueva niñera...

Manuela mira las caras de sus hijos mientras supone que todo saldrá mal, muy mal. Ninguna logra soportar en la casa más de unos meses, a veces solo días. Ellos, con su mejor carita de ángeles, tratan de imaginar cómo será la nueva víctima.

—A la pobre Ana —esa había sido la última cuidadora destrozada—, la habéis dejado con los nervios de punta. ¡La pobre ni se atrevió a despedirse de vosotros!

Un poco de vergüenza si que sentían los gemelos. Incluso se proponían dejar de pensar en el modo de fastidiar la vida de todos. No lo conseguían.

—Os lo aseguro. —Y Manuela los mira con cara de bruja castigadora señalando sus pequeñas narices con el dedo índice estirado—. Esta será vuestra última oportunidad. Si perdemos a la nueva niñera, dimito.

—¿*Lo qué*, mami? —preguntó Jairo.

—Pues eso quiere decir que tendré que dejaros en algún lugar donde otra mamá pueda encontrar la manera de aguantaros.

—¿De verdad?

Jairo recibió una patada de Juan por debajo de la mesa. Aquel no era momento para pasarse. Los enfados de su madre no duraban demasiado, pero mejor no provocarla. Podían quedarse sin cine, sin postre o sin lectura de cuento por la no-

che... Las noches que Manuela no trabajaba, claro.

—Tranqui, mami. —Y Juan sonreía como si jamás hubiera roto un plato.

Pese a resultar iguales como dos gotas de agua, los hermanos no se parecían demasiado en el carácter. Ronaldo se había dado cuenta enseguida.

A Jairo le gustaba más la acción. Juan prefería mirar todas las posibilidades antes de iniciar una nueva travesura: analizaba hasta dónde podían llegar sin correr demasiados riesgos y en mitad de la tormenta intentaba una solución a base de mimos y promesas. Al final siempre terminaba ganando Jairo y sus brillantes ideas.

—¡Allá vosotros! Os prometo que no habrá más oportunidades —añadió Manuela.



Ella tan solo miraba el calendario para imaginar cuántos años duraría aquella pesadilla de dos hijos idénticos capaces de imaginar las peores perrerías sin perder sus caritas de ángeles.

—Podemos darle una oportunidad. A ver qué pasa —trataba Juan de pactar con su hermano.

—Será como todas. —Y Jairo se encogió de hombros.

—Bueno, esperemos a ver.

—¿*Lo qué?*

Desde hace una temporada, Jairo responde casi siempre con la misma pregunta: *¿lo qué?* Como si no entendiera o buscara tiempo para pensar la mejor respuesta.

Juan ya imagina a la nueva niñera condenada.

Tal vez por eso oculta un único secreto a su gemelo. Desde que comenzó el curso,

le gusta Carmen a rabiar, pero teme que si se entera Jairo terminaría logrando que Carmen ni lo saludase, ni le pasase las natillas del postre en el comedor porque a ella no le gustaban.

